



Figura 11. Grabado de Tortosa y sus murallas en 1648, obra del Chevalier de Beaulieu

las plazas abaluartadas con garitas en los ángulos, ante un sitio enemigo se hacían volar desde dentro para que no pudieran servir de referencia a los artilleros sitiadores y se reconstruían una vez pasado el peligro. La clave del sistema abaluartado es estar lo más bajos posibles adaptados al terreno natural oponiendo una defensa en profundidad. Por eso mismo hay muy pocas plazas con garitas enteras. Las que quedan han sido generalmente reconstruidas.

Esta primera reformulación de las fortificaciones, adaptando las antiguas y construyendo elementos nuevos, tiene su origen en el informe redactado por el ingeniero Antonio Gandolfo en el año 1641 (Lluís 2013), donde se hacían patentes las deficiencias de las defensas de Tortosa, lo cual se pudo comprobar en el sitio que la Ciudad sufrió durante el año 1642, año en que Gandolfo y Remach redactaron dos informes más. El del primero motivó que se levantara el primer plano de Tortosa en el año 1643 para saber en qué estado estaban las fortificaciones en aquel momento y el segundo hacía notar la necesidad de reforzar específicamente la cabeza de puente del puente de barcas de forma perentoria. A partir de un posterior informe realizado por el ingeniero González de Mendoza, él mismo dirigió las obras de las nuevas defensas, continuándose unos años por parte de Francisco de Lorenzana y por Ventura Targón a mediados del siglo XVII.

Lo último que se construyó durante el siglo XVII, en el extremo de la meseta elevada al norte de la ciudad, fue un pequeño fuerte constituido por un hornabeque, el Fuerte de Tenazas, acabado en un ángulo agudó desde la ciudad y unido a ella por una caponera baja, que a día de hoy se encuentra en parte colonizada por chumberas, pero que mantiene parte de su pavimento de gui-